

JORNADA LITERARIA

AÑO III

Coordinador: Miguel Martín. Asesores: Sebastián de la Nuez, Manuel Castañeda y Félix Casanova

Nº 96

Literatura de Canarias: tres notas y una reflexión

Miguel Pérez Corrales

En los últimos cuatro o cinco años, ha vuelto a reflexionarse en Canarias sobre el pasado cultural —y en particular literario— de las islas. Se reanuda así una línea interrumpida prácticamente en 1936. No es que las décadas de oscurantismo no dieran trabajos valiosos —muy pocos—, pero sí es preciso reconocer que los creadores de esos años, obstinados en el sopor de sus posiciones estéticas —«estéticas» es un decir—, torpemente realistas y «engagés», poco podían interesarse en cuestiones que, hoy, nos son esenciales.

La nueva óptica —hablo solamente de la que yo comparto— coincide con la generación de La Rosa de los Vientos en su interés por el siglo ilustrado y en su desapego de los regionalismos decimonónicos —aún no definitivamente enterrados—. Le ha de corresponder a ella, por fin y ojalá, arrojar luz sobre la figura mínimamente estudiada de Viera, así como sobre las de Abreu, el Vizconde de Buen Paso y Graciliano Afonso. Quiero decir: hacerlos escritores legibles y vivos, aseguibles en ediciones modernas y objetos de conversación y reflexiones comunes y no piezas de museo de eruditos.

Los mejores estudios sobre Viera con que contamos son, a mi juicio, los de Alejandro Cioranescu. De ellos ha de partir la comprensión integral de la figura fascinante del autor de *Los Vasconautas*. El profesor rumano ha mostrado en nuestro ilustrado, como característica central, su profundo afrancesamiento. Y en efecto. Por lo que a la poesía se refiere, añadiríamos nosotros, Viera ocupa una posición marginal en el contexto español. Porque si ya, tras los estudios de Joaquín Arce y Russell Sebald, es insostenible la acusación de afrancesamiento a la *Poética* de Luzán y a los poetas ilustrados —una y otros bien apegados a la lírica de Garcilaso y de Luis de León—, no es menos cierto que Viera prácticamente no cuenta con la tradición peninsular. Es, en suma, el más afrancesado de todos los ilustrados de España.

Es curioso —o quizás: muy significativo— que una de las conclusiones a que yo he llegado en mis estudios sobre el surrealismo en Canarias muestre igualmente cómo nuestros escritores —Espinosa, Gutiérrez Albelo, López Torres, García Cabrera— se distinguen de los poetas peninsulares que se interesaron en el surrealismo por su mayor proximidad a las fuentes. En esto sólo tienen dos paralelos peninsulares: Luis Buñuel y Salvador Dalí (el Dalí anterior, claro, al anagramático y putrefacto Avida Dollars), ambos estrechamente ligados a An-



Portada del número 1 de La Rosa de los Vientos (abril, 1927)

dré Breton y no primordialmente escritores. En un trabajo de próxima publicación, además,

he podido demostrar como la gran originalidad del libro más trascendente de la «nueva litera-

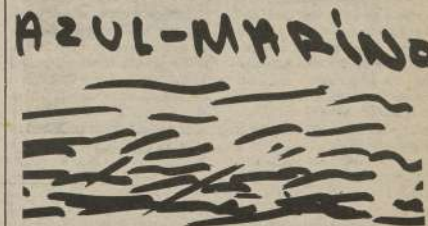
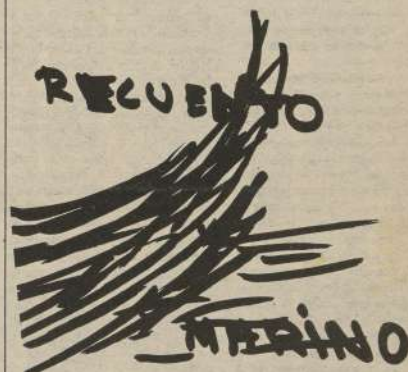
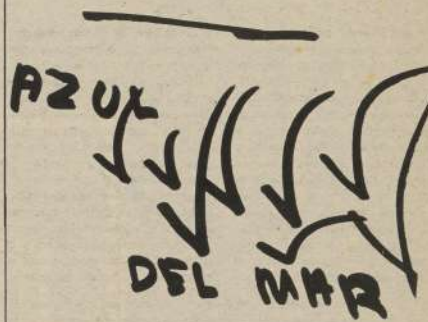
tura» insular, *Lancelot*, 28º-7º, su posición insólita en la literatura de vanguardia española, la debe al hecho de haberse apegado a la estética creacionista de Reverdy y Max Jacob. Aliando estos escritores a la lección (tan cercana a la de aquellos) de Gómez de la Serna y al descubrimiento de un paisaje inédito y no urbano, Espinosa creó una de las obras más originales de su tiempo —lo que haría un lustro después, desde el surrealismo, con Crimen.

Los escritores de la vanguardia canaria no se interesaron por el modernismo a causa de su cercanía cronológica y de la disparidad de sus principios estéticos con los nuevos. Hay, no obstante, excepciones que no tengo ahora espacio para enumerar. Se trata, en efecto, del otro gran momento de la cultura de las islas. El hecho de que Morales haya sido el discípulo más puro de Rubén Darío en España también invita a formular una hipótesis que ya el lector habrá sospechado al ritmo de las líneas precedentes.

En un reciente artículo de «Jornada Literaria» sobre el Instituto de Estudios Canarios, señalaba Andrés Sánchez Robayna, con su tino acostumbrado, que la posición de «apertura a lo universal desde un insularismo radical» ya aparece en Cairasco de Figueroa, para quien la «culpa» de su traducción de la *Jerusalén Libertada* del Tasso la tenía «el gusto de novedades, cosa muy propia de islas, y particularmente desta de Canaria». Ciertamente: ¡parece que estamos oyendo a Viera! Empero, debe considerarse que es común a toda cultura la mirada introspectiva y la exploración en lo extraño. En los tres casos a que he aludido —y quizás en el de Cairasco—, lo sorprendente no es tanto que se funda el interés universal con el insular, como que aquel interés universal se obstine en diferenciarse de las pautas peculiarmente hispánicas que, en el caso particular del surrealismo, provocaron la esterilización del proyecto vital y creativo más ambicioso y radical del siglo XX. En esos tres momentos cenitales de la cultura de las islas, el rasgo común, pues, parece ser este: un mayor apego que en tierras peninsulares a los aspectos revolucionarios —estéticos o éticos— de los movimientos —Ilustración, Modernismo, Vanguardia, Surrealismo— que, originalmente, tenían batuta europea o suramericana —caso del maravilloso Rubén—, pero con cuna siempre en Francia, es decir, en el país donde la Ilustración, el Simbolismo y los movimientos de vanguardia tuvieron su más audaz formulación.

M-A-R-A-Z-U-L

Luis Palmero



Delfines (más de dos)

Angel Sánchez

un delfín:
extraño juego es
verse repetido
puntualmente
ante mirones
que se avisan

los dos:
relaj de superficie
cosiendo a máquina
la piel almidonada
del abismo
con hilo de hojalata

manada:
rapidísima inmersión
del periscopio y adiós
al show gratuito

para no quedar
cegado de por vida

las teresitas, set. 81

Semillero de puntos

Alfonso Alegre

(Homenaje a Paul Klee)

La noche
no conoce el calor
que cubren nuestros cuerpos

Entre semillas de luz,
breve como el cristal
el abrazo.